

# HARO TEGLEN

## LOS GIGANTES CIEGOS

La crisis mundial por la que atravesamos es difícil de analizar con ojos contemporáneos. No se le ve el sentido. No lo tiene. Los dos países más poderosos del mundo, la Unión Soviética y los Estados Unidos —todos los demás giran en torno a su dinero, sus armas, su influencia— han conseguido destruirse moralmente el uno al otro. Hay una contradicción permanente entre sus ideologías y sus actos. Cada uno ha forzado al otro, en los largos y combativos años de la guerra fría, al abandono de su línea general, a un comportamiento aberrante, neurótico. Cada vez que uno de ellos ha violado uno de sus principios, el otro lo ha considerado como un triunfo propio, en lugar de como una desgracia de la Humanidad. Desde el momento en que la guerra atómica se consideró como imposible, por la multiplicación de las armas de destrucción masiva y la imposibilidad de sistemas de defensa eficaces, el terreno de lucha se modificó. Consistió para cada uno en demostrar que el otro carecía de principios válidos para la gobernación, en arrebatarle zonas de influencia y en disparar gruesos proyectiles de propaganda. Más que gruesos, groseros. Consistió, sobre todo, en una guerra clandestina, oculta, destinada a causar pérdidas morales al adversario sin que se viese demasiado la mano. El resultado lo estamos viendo y se está acentuando. Hay una fuerte contradicción entre los ideales universales y los ideales nacionales en cada uno de los dos países. Hay, al mismo tiempo, una profunda crisis de conciencia en cada uno de ellos. La necesidad de acentuar su propaganda para justificar con palabras lo que falla en los actos ha llevado a terribles distorsiones semánticas. Ya nada significa lo que llanamente dice. Se ha podido creer que el arma de la propaganda no tenía límites, y los tiene. Se ha pasado el margen de credulidad, se ha creado una impresionante Babel. Y en medio de esta confusión, tres mil millones de seres humanos se encuentran desamparados y buscando por sí mismos nuevas fórmulas. Se habla de «grupúsculos». La palabra es antigua. Es de los albores del marxismo-leninismo. La ha reactualizado Francia y, ahora, en todas las reacciones populares del mundo se denuncian los grupúsculos. A nada que se analicen sus aspiraciones, sus declaraciones y sus impulsos se podrá ver que sus denominados comunes son más numerosos y más compactos de lo que parece. Los grupúsculos tratan sencillamente de convertir por su cuenta en realidad los grandes principios abandonados, recuperar las libertades perdidas. Nada más que conseguir que los enunciados programáticos emitidos por la propaganda no de uno, sino de los dos bloques, puedan llegar a ser verdad. «Grupúsculemonos», decía uno de los letrados escritos por los estudiantes en la Sorbona, tratando de convertir en positivo el dístico peyorativo lanzado contra ellos. Se ha visto un renacimiento del anarquismo, y el movimiento anarquista oficial ha tratado de recogerlo en su Congreso Internacional de Carrara. El italiano Cardella: denuncia de las religiones como peligro para el progreso mundial, lucha contra las concentraciones del poder político y económico, expansión de sus ideas en el tercer mundo y agrupación de los estudiantes, «elemento de ruptura contra el sistema», en la ideología anarquista. Los esfuerzos de organización del congreso se han disuelto, y parece lógico, en la anarquía.

Mientras el mundo trata de hacerse a sí mismo, los dos grandes gigantes dan palos de ciego. Se han cegado el uno al otro. Los espectáculos electorales de Estados Unidos, aflorando políticos perdidos, personajes residuales, para entregarles el futuro de cuatro o de ocho años del país, cuando cuatro u ocho años, ahora, tienen una equivalencia de un cuarto de siglo de antes —por la multiplicación geométrica de la ciencia, por la correspondiente aceleración de la historia— y, durante ese tiempo, el destino de la Humanidad no es un espectáculo me-

nos denigrante que el regateo político, a la sombra de los tanques, de los soviéticos en Checoslovaquia. Ni menos falso. Los intentos de salvarse mutuamente, de poder reanudar su coexistencia, de cada uno de los dos poderes al margen de sus comportamientos —la ofensiva diplomática de la U.R.S.S., la proclamación de Johnson de que no habrá más movimientos soviéticos en el Este— no es negativa desde el punto de vista del alejamiento de la guerra —cuya proximidad no ha existido nunca, pese a Kiesinger—, pero tampoco es positiva, puesto que no implica la puesta en marcha de mecanismos constructivos. En lugar de dar la sensación, tanto tiempo esperada, de que la coexistencia se realiza en favor de la Humanidad, parece que se adopta en un sentido contrario. Se gobierna en contra de la Humanidad. Una coexistencia positiva suponía que cada uno de los poderes renunciase a cometer actos contra la soberanía de pueblos pequeños, porque no la sería necesario, porque no tendría necesidad de adelantar sus vanguardias o de reforzar sus posiciones. La coexistencia negativa que estamos contemplando es, por el contrario, una patente de corso, una política de «manos libres» para que cada uno haga lo que quiera en su zona de influencia. Al mismo tiempo, cada poder alberga en secreto la esperanza de que esta actuación libre del otro le traiga más conflictos que beneficios. La agresión contra el Vietnam, la incursión en Checoslovaquia, aun siendo de carácter netamente distinto y de desarrollo incomparable, han dañado al prestigio de quienes les han cometido de una forma difícilmente reparable.

Los gigantes ciegos actúan sin sentido. Toda la política internacional pierde día a día peso específico, dirección, claridad. Se suele decir que es una época de transición y, en efecto, lo es. La vieja piel del mundo se cae a pedazos. El drama consiste en que la dirección política es aún parasitaria de esa vieja piel del mundo y trata de recubrir las desgarraduras con mantos harapientos, que dejan ver la herida a través de sus rotos. Es algo más que una época de transición: es una situación de crisis dentro de esa época de transición.

Maurice Duverger encuentra que es posible una solución en la aparición de un «comunismo occidental» que fuera una continuación de Marx y de Lenin cuando éstos esperaban que la revolución se desarrollase en países desarrollados, industriales. Sería una «desrusificación» del comunismo. En la misma Francia, los dirigentes de la Federación de Izquierdas —socialistas, como Guy Mollet; republicanos, como Mitterrand— lanzan ya mensajes urgentes al partido comunista, cuya posición contraria a la invasión de Checoslovaquia le hace especialmente apto, como su negativa a la revolución de mayo. Sería un comunismo «de derechas» para integrarse «en la izquierda». Se ve aquí, a escala local, un fenómeno parecido al de la coexistencia internacional. Un deseo de frente único que calmase los revolucionarismos mundiales.

La cuestión está en saber si la coexistencia internacional o la coexistencia a nivel local no es ya un fenómeno marginal a las grandes corrientes políticas populares, que han dejado de ser asumidas por ninguno de los sistemas. La cuestión está en saber si no es ya demasiado tarde. Octubre se aproxima, y con octubre la temporada clásica de las agitaciones sociales y universitarias. Los puntos sangrientos del globo —Vietnam, Nigeria-Biafra— no han cesado de manar. Los puntos hambrientos no han visto calmada su hambre. La violación de las libertades, la degradación del sentimiento de dignidad humana, no ha variado. Ha variado, en cambio, la percepción de los problemas por parte del hombre puro y simple, el peso de la despolitización que se había arrojado sobre las masas en la contracción de la guerra fría. Cada uno de los dos grandes poderes ha desnudado al otro y ahora se encuentran desnudos ante los ojos de la Humanidad.